

minioso azote? ¡Cuán horribles traidoras represalias de mi propia traición! ¡Cuáles iban á ser los aplausos de mis rivales para el que con tan extraña equidad me castigaba! ¡Cuán larga y dolorosamente iba á resonar aquel golpe en el corazón de mis allegados y amigos! ¡Con qué rapidez á propagarse por el mundo el rumor de mi degradación! ¿Cómo salir de casa y presentarme en público, á ser blanco universal de las miradas, mostrado con el dedo, y objeto de injuriosa piedad? En tan profunda ruina, la vergüenza y el dolor, yo lo confieso, mas que la devoción fervorosa, me arrojaron en la soledad del claustro. Así vestimos ambos el hábito religioso, yo en la Abadía de San Dionisio, ella en Argenteuil... ¡Ella!... Recuerdo ahora que muchos, viéndola tan joven y tan bella, advirtiéronle lo insostenible del yugo de la vida monástica: mas Heloisa entonces, respondiéndoles entre lágrimas y sollozos, repitiendo las elocuentes frases con que Cornelia deploraba la muerte del Gran Pompeyo: — « *Oh mi ilustre esposo! ¡oh noble esposo, de quien yo no era digna! Mi destino pesa sobre el tuyo.—¿Por qué, desdichada que soy, te arrastro en mi ruina?... Acepta, al menos, mi voluntaria expiación...* — Y al terminar esos versos de Lucano, acercándose al altar donde estaba el velo ya por el Obispo bendecido, cubrióse con él consagrándose á la vida monástica en presencia del pueblo allí congregado. »

Heloisa devoraba en silencio sus penas, procurando acomodarse sin estrépito á las reglas de su nueva existencia: pero Abelardo llevó al claustro con su carácter irascible todos los disgustos y contratiempos que en la vida del siglo amargaron antes sus días, haciendo de sus noches un continuado suplicio. Discolo y altanero, como lo habia sido en las aulas, mostróse entre los religiosos de San Dionisio, predicándoles la reforma con el atrabiliario intemperante celo frecuente en los conversos, que así creen que harán olvidar sus pasados extravíos. Por dicha para la comunidad, los antiguos discípulos de Abelardo presentáronse en el monasterio á rogar á su Maestro que volviera á ejercer el profesorado; y el Abad, aprovechando la ocasión, mandóle á establecer su cátedra en el vecino priorato de *Deuil* que de San Dionisio dependía. Brillantes fueron los primeros pasos de Abelardo en *Deuil*; pues la magia de su palabra y la novedad de sus doctrinas teológicas, sobre extender su fama, atrajéronle tan gran

número de oyentes, que llegó el caso de que no encontraran ni medios de subsistencia ni dónde alojarse siquiera en el pueblo. Mas la natural insolencia de su espíritu, por el éxito alentada, tardó poco en suscitarle poderosos enemigos que, aprovechando diestros la ocasión que para ello les ofrecía el haber Abelardo publicado un libro sobre las mas altas cuestiones de la Teología, denunciáronle por heterodoxo ante un Concilio, en Soissons congregado, obligándole á defenderse inútilmente, á oirse sentenciar como culpable, á quemar por su propia mano la obra condenada, y á entrar en fin, como recluso, en el Monasterio de San Medardo. La rabia, la desesperación del altanero teólogo, concíbense fácilmente; pero á mayor abundamiento, él mismo nos las describe diciendo: « El dolor que me abrumaba, la desesperación que me torturaba, yo los sentí, mas explicarlos no puedo. Comparando lo que *corporalmente* habia padecido con lo que entonces mi alma padecía, creíme entonces el mas desdichado de los hombres; y parecióme hasta insignificante la traición de Fulberto, puesta en paragon con mi nuevo suplicio. »

Compadecido de tanto infortunio el Legado del Papa, puso pronto en libertad á Abelardo restituyéndole á su Abadía de San Dionisio: pero no tardó mucho el incorregible escolástico en suscitar allí contra sí una nueva tormenta, sosteniendo que San Dionisio Areopagita, y San Dionisio, Obispo de París y apóstol de las Galias, eran dos personas distintas, y no una misma como la comunidad lo pretendía. Los Monges tomaron el negocio tan á pechos, que no contentos con obligar á su compañero á retractarse, como lo hizo, preparábanle sin duda un mal cuarto de hora, puesto que el malaventurado tuvo que huir del convento para refugiarse, nos dice él mismo, « en cierta soledad del obispado de Troyes, que de mucho antes conocía. »

« Allí, prosigue Abelardo, en una tierra de que se me hizo don, y previa licencia del Obispo, hice de cañas una hermita, bajo cuyo pajizo techo, y con un solo discípulo por compañero, pude por algun tiempo decir con el Profeta: *Huí, alejéme, y moro en la soledad*. Mas una vez mi retiro conocido, comenzaron mis discípulos á venir á mí de todas partes, trocando ciudades y castillos, por las pobres chozas que en aquel desierto edificaban ellos mismos. Allí, en vez de exquisitos manjares, alimentábanse solo de

negro pan, y silvestres verduras; la paja era su único lecho. Como los antiguos filósofos de que nos habla San Gerónimo, huyendo las ciudades estrechísimas, las amenas quintas, las fértiles campiñas, las selvas sombrías, el dulce canto de las aves, la frescura de las fuentes, el suave murmurar de los arroyos, y en fin cuantas seducciones asaltan la virtud por medio de los sentidos corporales; ó mas bien como aquellos hijos de los Profetas que, según la Escritura, levantaban sus chozas á orillas del Jordan y lejos del tumulto de la muchedumbre y de las pasiones, vivían de harina de cebada y de amargas raíces, mis discípulos reducidos voluntariamente á condicion análoga en las márgenes del río *Arduza*, mas parecían ermitaños que estudiantes. Crecía de continuo su número, y con él crecían igualmente la santidad de la vida en aquellos jóvenes, y en mis rivales el despecho consiguiente á la gloria que de todo ello me redundaba. Yo, provisto por mis discípulos de cuanto necesitaba para alimento y vestido, así como para la cultura de la tierra, pude libre de cuidados domésticos, entregarme al estudio sin reserva, en primer lugar; y en segundo á convertir mi humilde primitivo oratorio, ya insuficiente para los que en él se congregaban, en un edificio de mas vastas proporciones y sólida construcción, reemplazando las cañas y la paja con la madera y la piedra. Al fundar la ermita dediquéla á la Santísima Trinidad, y dile su nombre; mas este, al reedificarla, troquéle en el de *Paraceto*, en memoria de haber allí encontrado, en mi desesperacion y fuga, el reposo y divinos consuelos que tanto habia menester. » — Mientras que Abelardo permaneció oculto en aquella soledad, su fama se extendía por el mundo, á la manera del eco invisible (son sus palabras) que resuena y se propaga por todas partes sin fijarse en ninguna: mas al propio tiempo, sus aventuradas doctrinas, alarmando la opinion pública, concitábanla contra él tan poderosa y activamente, que hubo un momento en que llegó el desdichado á pensar en huir de todo país cristiano; en busca de una paz que en ellos encontrar le era imposible. Por entonces, sin embargo, los Monges de San Gildas de Ruis, en la Diócesis de Vannes, eligieronle para su superior, impetrando y obteniendo la aprobacion del Conde de Bretaña; y Abelardo, ya infeliz en el *Paraceto*, apresuróse á servirse de la ocasion que le deparaba la suerte para huir una vez mas de sus perseguidores. ¡Inútil tras-

lacion! Nadie se huye á sí mismo; y aquel que en ninguna parte se encuentra bien, difícilmente nos persuadirá de que siempre la culpa de su malestar es ajena.

Abelardo nos pinta la Abadía de San Gildas, sus monges, y el país como le convenia para justificarse de haberla abandonado, como lo hizo en efecto, no pudiendo sopartar, dice, ni aquella bárbara tierra, ni el idioma que allí se hablaba, ni el indomable carácter de los monges, ni su desprecio de la Regla de la Orden, ni las salvages costumbres de las gentes. Si las olas del mar no le detuvieran, sabe el cielo hasta dónde prosiguiera en su fuga.

Quince años consumió Abelardo en tales luchas á propósito de la Teología, de las ciencias, y de su gloria, encontrándose al cabo de ellos, no con lo que buscaba, sino con Heloisa. Durante tan largo periodo no sabemos que se vieran, ni aun que se escribiesen los dos esposos, y su reunion misma fué mas bien efecto de las circunstancias que de otra cosa. Sugirió, Abad de San Dionisio, resucitando antiguos derechos ó pretensiones, apoderóse por entonces del convento de Argenteuil, y declarándole dependiente de su Abadía, arrojó de él á las religiosas que lo ocupaban, y de las cuales, como el lector sabe, era una la infeliz Heloisa.

Vióse aquella en consecuencia lanzada violentamente al mundo donde ya ningun protector, ningun asilo tenia; mas Abelardo, así que á él llegaron tan desastrosas nuevas, dejando su monasterio de Bretaña, acudió como debía al lado de su esposa, de su *hermana en Cristo*, como él la llamaba, y poniendo á su disposicion el *Paraceto*, instalóla personalmente allí con otras varias religiosas sus compañeras. Pobrementé vivió en aquel claustro la nueva comunidad, durante el año; mas pronto la paciencia, virtudes y talento de Heloisa hicieron prosperar el convento. « Dios, dice Abelardo, hizo á *mi hermana* tan grata á los ojos de todos, que los Obispos la querían como á hija, los Superiores de los monasterios como hermana, las gentes del siglo como madre, admirando todos su piedad, su prudencia, y su incomparable dulzura. Retirábase con frecuencia para entregarse á la meditacion y orar en la soledad; pero cuanto menos se dejaba ver, tanto mas anhelaban las gentes del mundo ser admitidas en su presencia y escuchar sus consejos. »

Abelardo condujo á Heloisa á puerto contra la tempestad seguro llevándola al Paraclito ; lo que no pudo hacer fué ponerse á sí mismo al abrigo de los vientos : juzgaron unos severamente sus relaciones con la que fué su esposa ; otros dando rienda á la malicia clamaron sin rebozo y con amargo sarcasmo que el mal apagado fuego renacia de sus cenizas. ¡ Amargo destino el suyo ! Como él mismo lo dice, rechazando colérico tales calumnias, no sabia ni dónde fijarse, ni qué hacer para sustraerse á la especie de maldicion que le perseguia, reduciéndole á la mísera condicion de Cain, siempre errante y fugitivo, siempre acosado por internas angustias, que no bastaban á preservarle de los tiros de sus enemigos.

De todos sus padecimientos nos da cuenta Abelardo en una larga cuanto desolada epístola, que ya mas de una vez hemos citado textualmente ; epístola que llegando por casualidad á manos de Heloisa, conmovió hondamente con su amargo duelo aquella alma amante siempre, y arrancó á su destrozado corazon los elocuentes acentos que á reproducir vamos.

« A su Señor, ó mas bien á su Padre, á su Esposo, ó mas bien á su hermano, esta su sierva, mejor dicho, su hija, su esposa, mas bien su hermana ; á su Abelardo, Heloisa :

— No ha mucho y por casualidad llegó á mis manos la carta en que referís nuestras desdichas á un amigo. Así que en el sobrescrito ví que era vuestra, púseme á leerla con el ardor natural en quien tan tiernamente ama al autor, al que he perdido, al que en aquellos caracteres buscaba en su palabra como le busco en su imágen, para consuelo de mi alma. ¡ Ay me, y cómo rebosa en quebranto y amargura, amado mio, esa carta en que haceis la historia de vuestra conversion, y de vuestras intolerables desdichas ! No es posible oír ó leer tales cosas sin prorumpir en llanto ; y vuestras frases han abierto de nuevo mis antiguas heridas, precisamente porque retratan fielmente lo pasado ; pero lo que mas acrecienta nuestra pena, es lo que decís de vuestros riesgos cada vez mayores, porque nuestros corazones, desesperando de conservaros, se estremecen de continuo, imaginando que á cada instante podemos recibir la noticia de vuestra muerte. En el nombre de Cristo, cuya divina proteccion os ampara todavía, os rogamos encarecidamente que no dejéis de informarnos á nosotras que somos sus humildes siervas y las vuestras, de vuestra

suerte en los naufragios en que pasais la vida, á fin de que al menos nosotras, que siempre somós vuestras, tengamos parte en vuestros gozos como en vuestros dolores. Porque los pésames son para los afligidos un consuelo, y la carga que con otros se divide llévase mas fácilmente. Si la tempestad cede por un momento, apresuraos á escribirnoslo tanto, cuanto mas gratas sean las nuevas que tengais que darnos : mas sean como fueren, recibirémoslas como una preciosa muestra de vuestra memoria. ¡ Cuán deliciosas son las cartas de los amigos ausentes ! — Séneca nos lo revela diciéndole á Lucilio : « Si los retratos de los amigos ausentes, nos » recuerdan su memoria, y engañan el dolor de no verlos con aparente » engañador consuelo, ¡ cuánto mas no deben hacerlo las cartas que son » la verdadera expresion de aquel de quien la distancia nos separa ! » — Loado sea Dios de que al menos no alcanzan los odios á impedirnos que de ese modo nos veamos presentes el uno al otro, y plegue al cielo que con frecuencia sea. »

Heloisa pide en seguida á su Abelardo que así como no les niega un recuerdo á sus amigos, se lo otorgue y con él sus consejos y amonestaciones á sus Religiosas del Paraclito, insistiendo en que si á todas ellas les debe esa espiritual asistencia, mucho mas especialmente tiene derecho á reclamarla aquella que un tiempo le fué tan cara.

« Vuestro olvido, le dice, después de vuestra conversion, me asombró dolorosamente cuando ví que en medio de mis angustias y padecimientos, ni el amor de Dios, ni el amor mio os movian á consolarme, presente con la palabra, y ausente con vuestras cartas. Obligado estábais á hacerlo muy especialmente conmigo, puesto que nos liga el vínculo del matrimonio ; y vuestra culpa se agrava con ser como es notorio á todo el universo que os amé siempre con incomensurable amor. Bien sabeis, caro amigo, y todos saben, cuánto perdi al perderos ; y que la deplorable catástrofe de que fuisteis víctima, me ha despojado á mí, por decirlo así, de mi propia. Por lo mismo, pues, que mi dolor es grande, grande tambien debe ser el remedio, y ese de vos y no de otro alguno lo espero ; porque la parte que en mis penas os cabe, justo es que la tengais tambien en mi consuelo. Vos sois el único que puede entristecerme, regocijarme ó consolarme. ¿ Cómo pudiérais dudarle viendo que en todo y siempre hice vuestra voluntad

ciegamente ; y que condenada á perderos, he renunciado á mi misma, porque así lo ordenásteis ? Mas hay : mi amor exaltándose hasta el delirio, ha llegado á punto de separarse para siempre de lo mismo que era su único deseo. — Por vuestra voluntad y precepto he mudado de hábito y de corazón haciendo ver que todo en mí es absolutamente y solo vuestro. Nunca, ¡ Dios me es testigo ! nunca en vos he buscado mas que á vos mismo, y no nada de lo que era vuestro. Yo no ambicioné ni el honor ni la dote del matrimonio ; y olvidándome á mí — ¿ lo ignorais, por ventura ? — solo de vuestro placer y voluntad me he cuidado. Aunque el nombre de *esposa* sea, como es, el mas santo y fuerte, cualquier otro me fuera grato ; porque cuanto mas por vos me humillara, tanto mas digna me hiciera de vuestra ternura, y tanto menos le estorbara el vuelo á vuestro glorioso ingenio. Y eso no lo habeis olvidado, no, puesto que en la carta á vuestro amigo recordais algunos de los motivos que os hice presentes para apartaros de la idea del matrimonio, si bien omitis algunas de las razones que en defensa de vuestra libertad produje. Dios sabe que aun cuando un Emperador, dueño del mundo entero, me llamara á ser su compañera, elevándose así al pináculo de las grandezas humanas, el título de esclava vuestra me pareciera á mí mas ilustre, mas dulce que el de Emperatriz. »

Y despues de enumerar, con mas erudicion acaso que la propia de la agitacion de su espíritu en aquel momento, las prendas que deben buscarse en su esposo, vuelve Heloisa á tratar, con énfasis elocuente, del mérito de su Abelardo : « ¿ Qué Monarca, ni qué filósofo puede igualar vuestra nombradía ? ¿ Qué pais, qué ciudad, qué aldea no aspira á contemplaros ? Cuando en público os presentábais, ¿ quién no se apresuraba para veros ? Y cuando saliais de las asambleas, ¿ quién no os seguia con perseverante curiosa mirada ? ¿ Qué muger, qué doncella, no os echaba de menos ausente, ó negaba á vuestra presencia una sonrisa ? ¿ Qué gran Señora, que Reina no envidiaba mi gozo y mi gloria ? Dos circunstancias, sobre todas, os rendian el corazón de las mugeres : la elocuencia y el canto, prendas de que los demás filósofos carecian. Merced á esas dotes, en vuestros momentos de ocio, y para descanso de las filosóficas tareas, compusisteis las enamoradas canciones que volando de labio en labio, en alas de

su dulce poesía y armónicos tonos, hicieron familiar vuestro nombre hasta en boca de los mas rudos ignorantes. Y como en vuestros versos hablábais de entrambos, tambien mi nombre ha volado á remotas regiones, provocando la envidia y celos de muchas mugeres, contra aquella que era señora de los tesoros de cuerpo y alma, en vuestra adolescente persona reunidos. ¿ Podrán las que me envidiaban entonces, negarme su compasion ahora que tales tesoros he perdido ? En presencia de mi inmensa desgracia ¿ no se extinguirá todo sentimiento hostil á mi persona ? »

Aquí es donde la ardiente Heloisa acusa á su Abelardo de egoismo y de un ingrato olvido. « ¡ Ni una visita ! (exclama) ¡ ni una carta ! » — Pídele en seguida que la escriba, cosa para él fácil, para ella de precio y provecho : « Por el Dios á quien os habeis consagrado os conjuro que me devolvais vuestra presencia, en cuanto es posible, escribiéndome algunas cartas de consuelo, á fin de que fortificada con su lectura, pueda dedicarme con mas ardor al servicio de Dios. Cuando en otro tiempo esperábais de mi profanas delicias, visitábaisme con frecuentes epistolas, y vuestros versos ponian mi nombre en labios de todos, haciéndolo resonar en todos lugares, en todas casas. ¡ Cuánto mas valiera hacer hoy por Dios lo que haciais entonces por el placer ! Pensad en lo que debéis, y mirad lo que os pido. Termino mi larga carta con esta breve frase : Adios, *único* mio. »

¡ Único ! ¿ Podía Abelardo decir otro tanto ? Hay que confesar lo contrario en vista de las reconvenções que le hacia el Padre Foulques, Prior de Deuil, consolándole en sus infortunios. — ¿ Tuvo Abelardo realmente mas de una Heloisa ? ¿ Era su corazón egoista y seco, como se pudiera inferir de la carta que precede ; ó bien debemos pensar — y mas valiera que así fuese — que, renunciando á inclinaciones y afectos tan duramente por la desgracia contrariados, habia elevado su corazón al cielo con la resolución de no volver á ocuparle en cosas de la tierra ? — Como quiera que fuese, contestó á Heloisa filosófica y friamente, manteniéndola á respetuosa distancia de sí, y escribiendo tanto ó mas que para ella, para la comunidad toda. — « Si no os he escrito, ni para exhortaros ni para consolaros, desde que á Dios hemos vuelto, apartándonos del siglo, atribuídselo no á indiferencia mia, sino al conocimiento que tengo de vuestra prudencia y á la seguridad que ella me inspira. Porque no he creído que tales auxilios os